

CRÓNICA, VISIÓN Y BALANCE DE UN CONFLICTO

«(...)una comunidad de intereses en la tarea de buscar la verdad y afianzar los valores fundamentales del hombre; -una institución al servicio de la Nación que debe colaborar a la solución de los problemas nacionales; una institución que debe crear y difundir el saber mediante la investigación y la enseñanza; una institución que debe estar inspirada en el espíritu de la democracia, la justicia social y la solidaridad; una institución autónoma en lo académico, lo organizativo, lo administrativo y lo financiero; una institución que ofrece estudios ordinarios gratuitos»

(Disposiciones fundamentales de la Ley de Universidades, 1979)

Marcelino Bisbal

Éramos convocados a una asamblea general de profesores el martes 8 de abril. Se trataba de sopesar los acuerdos alcanzados días antes y de ver si era factible «levantar» el conflicto. Todos los ojos, por no decir las miradas, estaban puestas en lo que pasaría al interior de la Universidad Central de Venezuela. Lo que allí sucediera serviría de testimonio, de ejemplo a seguir para el resto. Al menos así fue cuando se decidió este «paro» el 15 de enero.

La pólvora conflictual y de paralización indefinida se había regado rápidamente por todas las demás casas de estudio, y hasta la Universidad Simón Bolívar estuvo «coqueteando» con la indefinida paralización unos días después que una asamblea «representativa y profundamente democrática» -según había comentado el gremio de la propia UCV (la APUCV) y la misma Federación de Asociaciones de Profesores Universitarios de Venezuela (FAPUV)- decidiera que ¡ya está bien de esperar!, que era el momento del «paro indefinido» y que «la clase media estaba tomando conciencia de su situación de deterioro» y que había que «revolucionar al país, que era su momento». El telón de fondo fue el conflicto médico y las palabras de Luis Herrera sobre la «hora de la clase media». Mayor clima de prerrevolución no encontraríamos en ningún otro momento; de seguro que esa idea palpitaba en las mentes de algunos dirigentes gremiales universitarios, y de allí el salto al poder, a las calles, no se haría esperar. El eslogan, cual valla publicitaria grabada en el rojo neón de las mejores piezas de Vepaco, aquel de «proletarios...uníos porque el futuro nos pertenece», ahora era reemplazado «coyunturalmente» (explicaría -seguramente alguno de estos líderes iluminados y vanguardia de la sociedad) por el de «clase media...uníos, porque el presente nos convoca». Así nació la Coordinadora de Asociaciones Profesionales, que es lo mismo que mentar a la mismísima clase media. Los actores estaban completos, empezaba la representación.

Pero el hecho fue que entramos ese 8 de abril a la tierra universitaria, aquella que en un tiempo había sido tierra ilustre y floreciente. Al igual que el pueblo de Ortiz, ese caserío del Llano que según dicen y que luego cuenta y recrea Miguel Otero Silva en *Casas Muertas*, fuera «la rosa de los llanos»: «Todos en el pueblo hablaban de esa época. Los abuelos que la habían vivido, los padres que presenciaron su hundimiento, los hijos levantados entre relatos y añoranzas. Nunca, en ningún sitio, se vivió del pasado como en aquel pueblo del Llano. Hacia adelante no esperaban sino la fiebre, la muerte y el gamelote del cementerio». La visión era la visión de la decadencia. El mismo código de *Casas Muertas*. Siempre me impresionó ese texto de Otero Silva, como la muestra de la desaparición, del deterioro, del «hasta aquí». De adolescente no entendí demasiado esas líneas más allá del abandono que ellas reflejan y que me sugieren al país; pero ahora, caminando por los pasillos de la Ciudad Universitaria, entrando aquí y allá, mirando hacia los lados con sus montones de basura y sus bostezos por el tiempo transcurrido sin «hacer absolutamente nada», comprendí demasiado rápido, aunque tarde. No creo que en el resto de los campos universitarios la visión fuera distinta. «En aquel mediodía caliente y sordo se percibía más hondamente la yerma disolución de Ortiz, el sobrecogedor mensaje de sus despojos. No transitaba un ser humano por las calles, ni se refugiaba tampoco entre los muros desgarrados de las casas, cual si todos hubiesen escapado aterrados ante el estallido de un cataclismo, ante la maldición de un dios cruel. Apenas, desde un rancho miserable, llegaban el estertor de un hombre que sudaba su fiebre agarrotado entre los hilo sucios de su chinchorro. A su alrededor volaban sosegadamente las moscas, moscas verdes, gordas, relucientes, único destello de acción, única revelación de vida entre los terrones de las casas muertas».

Esa visión no se había iniciado el 15 de enero, ni se había cultivado en estos

tres meses de paro; por supuesto que ella creció, pero todo es parte de un proceso anterior que ya tiene unos cuantos años sobre sus espaldas. Ahora era un conflicto más que se sumaba a los anteriores y que hacía peso, incluso daño, demasiado daño. ¿Habría sido un simple conflicto? «Una casa muerta, entre mil casas muertas, mascullando el mensaje desesperado de una época desaparecida», nos dirá otra vez Miguel Otero Silva.

NO ES POSIBLE PLANTEAR EL REFERENDUM Y CONTINUAR COMO ANTES

Esa fue la realidad y lo que aconteció. Días antes del llamado a «paro indefinido» la APUCV gastó una buena porción del dinero de los profesores en avisos de prensa con el fin de convocar a unos «delegados» de la Comisión Electoral de la APUCV «para preparar el referéndum». ¿Qué pasó? La memoria a veces actúa con demasiada fragilidad y no queremos recordar, ni siquiera ver los signos del pasado. Dejamos a un lado esa consulta y nos planteamos *alegremente* la paralización por tiempo indefinido.

Sin embargo, cuando nos topábamos por la calle con profesores, eran muy pocos los que estaban convencidos de esa decisión. ¿Y entonces...? ¿Quiénes decidieron? ¿Cuántos fueron? Y la interrogante que aún me sigo repitiendo sin obtener respuesta clara, al menos que me explique las contradicciones que se dan entre el hacer y lo que realmente siento que hay que hacer: ¿Dónde estuvieron los *no convencidos*? La respuesta de un Ibsen Martínez en un reciente artículo de prensa pueda servirnos, por dura que ella resulte: «...la masa borreguil de profesores que, por vergonzante omisión, permitió al gansterismo chantajista de los gremios arrastrarla a este nuevo avatar...».

¿Y el *quórum* requerido para tomar decisiones límites? Involucra al gremio que no ha sido lo suficientemente creativo y además falto de imaginación para diseñar *nuevas* maneras de conflicto; *nuevas* formas de encarar las situa-

ciones; y que no ha sido capaz de ver, quizás por miopía o por viejas retóricas, que este tiempo es distinto y que la relación gremio-agremiados debe ser diseñada de forma más democrática y participativa. Que el tema del financiamiento no puede seguir siendo el de solamente demandar más millardos, que la relación Estado-Universidad debe contemplar un «contrato» de convenimiento bastante distinto al actual y que los puentes entre universidad y sociedad deben ser tendidos de manera menos paternalista y populista (ver SIC N° 585 de junio de 1996).

No podemos dejar al margen, dentro de este conflicto que se iniciaba, a las autoridades universitarias, a sus consejos de universidad, facultad y escuela. Unas autoridades, que por la forma como se practica la democracia interna, no podían haber hecho otra cosa y no pueden hacer algo distinto. Son las reglas del juego universitario las que hay que reconvertir, dándole a la academia lo que le corresponde y a los gremios lo que les compete por definición y fin último. Se han revertido los papeles, y aquello que desde la Universidad le reclamamos al Estado y al país en pleno, no ha sido puesto en ejercicio en el seno mismo de nuestras casas de estudio. Se adquieren demasiados compromisos políticos y grupales, que no de convencimiento y discusión ideológica, para llegar a pue-

Son las reglas del juego universitario las que hay que reconvertir, dándole a la academia lo que le corresponde y a los gremios lo que les compete por definición y fin último. Se han revertido los papeles, y aquello que desde la Universidad le reclamamos al Estado y al país en pleno, no ha sido puesto en ejercicio en el seno mismo de nuestras casas de estudio

tos «claves» del poder universitario. Estos tratos, a veces ya implícitos, pasan por no discutir los puntos álgidos y conflictivos de la Universidad. No hay más que ver los programas electorales de los que se proponen para los cargos. Su agenda de discusión está cargada de contenidos rebasados por el presente y no por la *nueva* Universidad que se requiere en este país que es *otro*.

Sin querer aprender del pasado, las universidades fueron a un paro total. Y si se había planteado la «necesidad del referéndum» con la experiencia que resultó de anteriores conflictos, éste no se da por razones meramente políticas y de «estrategia». Hubo *miedo* a la convocatoria, a la incapacidad para movilizar a todos los docentes y *miedo* a que se dijera que no era ni prudente ni conveniente una situación límite. Lo que sí quedó claro es que el paro de tres meses fue por una razón mercantil, realmente justificada, pero una razón de asunto salarial y no de otra índole. Que en el camino se hayan enganchado razones académicas y razones de «luchar» contra el modelo de Universidad que se presume se quiere implantar, ya resulta cosa bien distinta.

El ministro Antonio Luis Cárdenas arrancaba su propuesta el 13 de enero con un 25 por ciento, y a los días lo aumentaba a un 50 por ciento. El gremio se empeñaba en un 125 por ciento, y ya para febrero se orientaba hacia el 83,5 por ciento. Una puja de por cientos bien diferentes y distanciados unos de otros. Lo que sí se demostraba, se asomaban sus primeros indicios, era la dureza de la posición gubernamental y la disminución financiera de su apoyo por aquello de la recesión del gasto público y por la «necesidad» -dijo el Ministro- de buscar mecanismos de «evaluación» y de «rendimiento» de los sectores universitarios. Irrumpe -por boca del propio Ministro, con la compañía del CONICIT, PDVSA y Comisión de Ciencia y Tecnología del Congreso- la frase de *Un Nuevo Trato* para las universidades, y allí se colocaba la temática de la necesaria reestructuración de los establecimientos

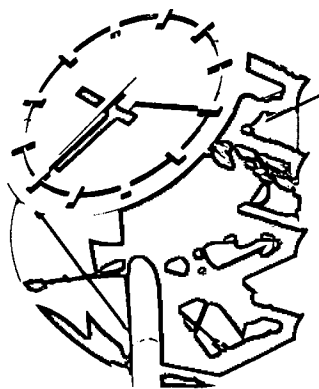
universitarios. Mientras para unos la «lucha» era de carácter económico, para los otros esa plataforma empezaba por la evaluación y reforma del quehacer universitario.

POCO A POCO SE FUERON ENTERRANDO EN EL SUELO...

Esa fue la imagen que dieron. Los representantes de los gremios docentes se iban envolviendo en las manipulaciones numéricas -realmente convincentes para la opinión pública- del Ministro de Educación. Algunos rectores cayeron en el juego, y lo que hoy era cierto, mañana -por boca de sus propias palabras- dejaba de serlo. La estrategia informativa del Ejecutivo surtía efecto, y al final fue así. No había más que conversar con la gente en la calle y con los estudiantes paralizados por fuerza ajena, leer variadas cartas de los lectores en los medios impresos y leer también artículos de prensa de prestigiosos profesores universitarios. El haber dicho que se trataba de «enemigos de la Universidad», de «agentes del gobierno» y de «figuras antiuniversitarias» no hacían más que reflejar que no se ponían sobre el tapete los signos de la razón para confrontarlos con los signos de la razón.

Hubo un tiempo de varias semanas en que el *silencio* invadió los medios. Daba la sensación de que el conflicto interesaba poco, aunque la FAPUV y sus asociaciones agremiadas trataban de mantenerlo vivo; pero ya estaba muerto y casi enterrado. Inclusive, cuando el conflicto ya estaba casi resuelto, se convocaba a unas «Jornadas de Reflexión y Oración por el Conflicto Universitario... y por la Lucha y la Esperanza». ¿A quién se convocaba? Por supuesto que «a todas las células vivas...».

Marchas a casi una por semana, apoyo a los médicos, respaldo a los trabajadores de Viasa, comunicados de prensa de diversa índole, foros sobre las Prestaciones Sociales y el Nuevo Trato, asambleas por facultad, Consejos Consultivos Ampliados..., y así transcurrió todo el mes de febrero y parte de marzo. Los



gremios se «quejaron» del «silencio impuesto por los medios al conflicto y sus planteamientos». Lo que no se entendió es que ya no era noticia más allá de lo conocido durante los inicios del mes de enero: «Las universidades nacionales están en paro indefinido hasta que se les cumplan las normas de homologación, que son una Ley de la República». El tiempo que luego transcurrió fue un tiempo de regalo y de pérdida para el país, la sociedad y la Universidad.

Se había agotado el discurso. Nada nuevo rompía el aire noticioso del que se nutren los medios de comunicación. Mas una huelga de hambre hacía su aparición y el representante de la Coordinadora Sindical de Trabajadores Universitarios declaraba a comienzos de abril que en esa semana «se incorporarán de manera masiva estudiantes y trabajadores a la huelga de hambre instalada en el edificio José María Vargas desde hace 22 días». Y concluía diciendo y anunciando que esperaran nuevas acciones por parte de los gremios, entre ellas instalar huelgas de hambre en otras zonas del país. ¿Resultados? Poco se habló de esa huelga y de su efectividad. Hasta los propios docentes -como si no fuera por ellos- y los estudiantes y empleados la ignoraron. Se podría aducir insensibilidad ante el sacrificio de unos pocos para beneficio de una mayoría; pero es que esa mayoría no creyó en el conflicto, ni en la forma como se proclamó, ni en la manera como se instrumentó y desarrolló; ni tampoco creyó en cómo concluyó. Otra vez Miguel Otero Silva nos saca a relucir el signo del acabamiento al decir que «si no logró escapar de la muerte Sebastián, joven como la madrugada, fuerte como el río en invierno, voluntarioso como el toro sin castrar, no quedaba a los otros habitantes de Ortiz sino la resignada espera del acabamiento».

Lo que sí quedó claro es que el paro de tres meses fue por una razón mercantil, realmente justificada, pero una razón de asunto salarial y no de otra índole

LA VISIÓN DE VER LO QUE ESTÁ DETRÁS DE LAS PALABRAS

Se trata solamente de una visión, no la de ver las cosas tal como ellas acontecen y se suceden regular o irregularmente, sino «la visión de ver lo que está detrás de las palabras». Así fue este conflicto. El discurso acerca de la Universidad, y en boca de los gremios y de las autoridades se reduce -se redujo- al problema del financiamiento y a una temática coyuntural, como puede ser la violencia, y es un discurso que *ignora* por agotamiento-miedo-incapacidad el porvenir y el futuro de la misma universidad venezolana. Una investigación reciente acerca del «Análisis del discurso sobre la UCV» arrojaba como conclusión, después de revisar un corpus de textos sobre la UCV, que «el asunto financiamiento y el asunto violencia son tópicos explícitos dominantes en nuestro corpus. No obstante, opinamos que una gestión proactiva de la Universidad debería invertir el orden de prioridad y atacar los restantes asuntos desde un punto de vista que privilegie la acción estratégica sobre el asunto de la valoración social del conocimiento, cuya emergencia significaría un conflicto entre la Universidad y la Sociedad que podría hacer desaparecer traumáticamente el modelo de institución que tenemos».

De la otra parte, la del Ejecutivo Nacional, demasiado entrampado en los entuertos del país, también *ignora* el papel fundamental de la educación superior y, por lo tanto, carece de políticas claras, más allá de lo que acontece en el momento, que le dé legitimidad ideológica y de relevancia de servicio público a la educación superior. El principio newtoniano de la acción y la reacción se puso de manifiesto, otra vez, en el conflicto. La universidad venezolana reacciona ante las presiones que le son «impuestas» desde afuera, pero pocas veces lo hemos hecho desde nuestra propia acción de propuestas. Así fue esta vez. Frente a la *negativa* de mayor aumento salarial, ante la tesis de «pagarle más a

quien más rinde», y en relación a la necesidad de «iniciar el proceso de transformación», por ejemplo, la UCV respondió con «la formulación de un plan de transformación y desarrollo académico-administrativo, para adaptar la Universidad a las exigencias de nuestro país de los próximos años». El mismo fue muy publicitado en la primera semana de abril y, en los últimos tramos del conflicto, hasta el Ministro de Educación se adhirió a él (ver *El Nacional* del 5 de abril, página C/5 y del 11 de abril, página C/1).

Había sido revertida esta crisis coyuntural, al menos desde los titulares de la prensa y las declaraciones de las autoridades rectorales. Hasta los propios gremios asumían la «necesaria reformulación del sector». Seguía presente la remuneración, pero ahora entrábamos en un terreno de mayores honduras y pensamos que por allí debió iniciarse todo. Pero una discusión que surgiera desde el seno de la propia Universidad, y no como efecto de reacción. Seguro estoy de que, si no hubiese habido una acción tan empeñada políticamente del Ministro, tan manipulada informativamente por parte del Gobierno y tan contundente ante la sociedad, hoy todos estaríamos incorporándonos a clases haciendo cuentas de los logros mercantiles obtenidos. No hay ninguna vergüenza en ello, pero sí en la forma como se instituyó el signo de la «renovación» y «de que por primera vez -acotó un profesor de la UCV- surgió una conciencia en la comunidad universitaria, de que debe darse una transformación profunda».

Aplaudiendo que se haya tomado la iniciativa, «más tarde que nunca» dirá el dicho, es importante acotar las profundas deficiencias congénitas que arrastra el publicitado y reconocido Documento de la UCV. Siguen estando presentes y son muy determinantes las propuestas del financiamiento universitario. ¿La crisis universitaria actual está atravesada solamente, se manifiesta en su parte más dramática, en ese aspecto que tiene que ver con los dineros que entran y que

se requieren para funcionar? Quienes estamos adentro sabemos que no, pero también sabemos que los miedos a confrontar otros asuntos resultan peligrosos para la estabilidad-supervivencia de los grupos e intereses que subsisten dentro. Un espléndido informe, que coordinaría a finales de la década de los ochenta el sociólogo chileno José Joaquín Brunner, acerca del estado actual de las universidades latinoamericanas, nos puede servir de guía para resaltar los puntos que faltan en la *confrontación necesaria* y de *orientación* de nuestras universidades, al menos en el seno de la UCV.

La *nueva orientación* debe incluir, por supuesto que la temática de los dineros y de dónde provendrán, pero también debemos considerar:

- el problema de la responsabilidad institucional en el manejo de los recursos y la eficiencia racional de ese manejo;
- la calidad de la enseñanza y los modelos que desde ahí se están impartiendo. Se trata de «la responsabilidad de producir, enseñar y comunicar conocimientos con eficacia y a un nivel razonable de exigencias académicas»;
- lo que tiene que ver con los mecanismos de evaluación tanto académica como administrativa, al igual que la evaluación periódica de las autoridades en consonancia con su trabajo universitario;
- en relación con financiamiento, no contar ya con un «Estado paternalista», ni con la figura del «Estado benevolente». La Universidad debe abrirse a fuentes distintas de obtener dineros;
- todo lo que concierne a los empleados y sus funciones: ¿cumplen sus tareas?, ¿son los más capaces?, ¿el volumen de trabajadores no es excesivo?;
- lo mismo para los docentes. La necesidad de evaluar su rendimiento en concordancia con el servicio que cumplen a la sociedad;
- la calidad académica debe ser men-

surable en términos de eficacia y efectividad. ¿Es posible de hacer? Por supuesto que sí;

- lo que tiene que ver con la investigación y su relevancia para el país;
- el tema de la gratuidad de los estudios superiores debe ser revisada. No puede ya escabullirse y debe ser asumido seriamente y sin fórmulas populistas;
- la necesidad de recobrar la confianza en la acreditación pública que ellas imponen. Este aspecto pasa por un proceso de formación de calidad y adecuado a las necesidades y exigencias del mercado de trabajo;
- lo que tiene que ver con la burocracia universitaria que resulta pesada y deficiente. Y que a la postre resulta una repartición de cargos por amistad y apoyos obtenidos.

Todo eso, y mucho más, es posible hacer, buscando encuentros y coincidencias. Que «nuevas voces» hablen y comuniquen sobre su Universidad y cómo ellas la ven. En el conflicto surgieron esas voces, pocas, pero están presentes y sólo basta darle la palabra. No puede haber chantajes de ningún tipo, en el sentido de «yo te doy aquí, yo cedo allá, pero ¿tú que me das a cambio?» (a veces, en la propuesta del Consejo Universitario de la UCV se siente esa forma de «negociar» como filosofía).

Es un asunto de ver luz donde pareciera que no hay luz. La pregunta de Carmen Rosa en *Casas Muertas* es nuevamente imagen de esta crónica, visión y balance nada literal de un conflicto que nunca compartimos: «-¿Y cómo se funda un pueblo, Olegario? (...) Debe ser maravilloso, Olegario. Ir levantando la casa con las propias manos en medio de una sabana donde solamente hay tres casas más, que mañana serán cinco, pasado mañana diez y después un pueblo entero. Mucho más maravilloso que sembrar las matas de un jardín».

Marcelino Bisbal es comunicador social, Director de la revista Comunicación, miembro del Consejo de Redacción de SIC